Brillo de una estrella muerta

PARTE 3

Supernoba

muerte de la idea del soñar

Merezco Despertar

¿Los sueños te muestran lo que anhelas o te obligan a revivir lo que intentas olvidar? Sueño más de lo que debo, más de lo que quiero. Daría lo que fuera por regresar a esa época de mi vida en que la noche era solo un vacío oscuro, un silencio sin imágenes, cuando no estaba obligado a recordar lo que mi propia cabeza inventaba.

Desde hace meses, la misma astilla se clava en mi sueño. Es una escena corta, casi insignificante en su brevedad, pero me arranca de las madrugadas con la boca seca y un peso helado.

Siempre empieza igual. Estoy sentado en una de esas sillas de frías de la sala de espera de un hospital. El aire huele a antiséptico y a miedo. Frente a mí, a través de una puerta entreabierta, una danza de batas blancas y verdes. Los médicos y las enfermeras se mueven con una urgencia alrededor de la habitación de ella. Escucho el chirrido de suelas de goma contra el suelo pulido y gritos ahogados, como si alguien intentara tragarse el dolor. Yo no me muevo. Sigo ahí, con la ropa de ese día y el frío metálico de las llaves de casa en la mano.

Entonces, la puerta principal del pasillo se abre y entra mi padre. El caos se detiene por un instante. Mi madre, entre el mar de hombros de quienes la sujetan, lo ve. Sus miradas se cruzan por encima del tumulto. Y justo ahí, su cuerpo cede. Se desploma sin un solo ruido.

Y yo despierto.

A veces, en el sueño, hay más gritos. Otras, mi padre nunca llega. Pero el final es siempre el mismo.

No logro saber si es un recuerdo o una invención; una pesadilla que, a fuerza de repetirse, he terminado por aceptar como si fuera verdad. Me digo a mí mismo que si fuera real, recordaría más detalles. Sabría el color de las paredes, el número de la habitación, la cara de alguna de las enfermeras. Pero no hay nada más. Solo ese fragmento nítido.

No puedo seguir ignorando lo que sucedió, ni cómo sucedió. No puedo seguir fingiendo que no saber la verdad es lo correcto. Tampoco puedo seguir intentando olvidarla.

Nunca he visto unos ojos tan grandes como los de mi madre. Ella decía que eran así para poder ver los colores más brillantes que los demás, y aseguraba que eso le fascinaba. Le encantaba contemplar los bosques y las praderas; aunque nunca me lo dijo directamente, estoy seguro de ello.

Disfrutaba escuchar música en su habitación con la puerta cerrada. Decía que era su momento íntimo y que, cuando yo creciera, me invitaría a compartirlo con ella. Mi padre, en cambio, no me permitió conservar sus pertenencias, regaló muchas y tiró otras. Pero ¿cómo podría yo deshacerme de las cosas de la persona que amaba?

Definitivamente no lo haría. Mucho menos si fueran lo último que me quedara de ella. Porque no confío del todo en los recuerdos, lo material nunca te puede mentir.

Hoy visité a mi padre en busca de unas libretas que había olvidado en mi recámara, y allí estaba. Lo extraño es que recuerdo perfectamente el momento en que escondí aquello. Fue hace muchos años, cuando aún tenía la edad que aparece en esa fotografía. Una foto de mi madre, mi padre y yo en Halloween. Los tres disfrazados, ella cargándome en brazos, ellos abrazados. Los tres sonriendo, mientras

yo tenía la boca manchada de azul .

En la imagen, mi madre sonríe, pero ahora que la observo con atención noto algo distinto. Veo la curvatura del a su alrededor. Su sonrisa no llega a sus ojos. Sus dientes parecen manchados, su cabello está desordenado. No la recordaba así.

Esa foto la tomé a escondidas de su habitación, en una ocasión en la que ella no estaba. La encontré dentro de un álbum de fotos arrinconado. Mi padre terminó regalando ese álbum a mis abuelos, pero yo oculté la foto en una libreta donde había escrito una promesa de que algún día le compondría una canción. Ella me decía que no podía esperar para escucharla. Y en efecto... nunca esperó.

Recuerdo también que aquel día no me sentía bien. Tenía fiebre, una de esas que me tumbaban y obligaban a mis padres a correr conmigo al médico. Siempre que me pasaba, quedaba confinado en la cama por al menos una semana. Pero a mí no me importaba, porque podía verla más tiempo. Ella me preparaba el desayuno, jugaba conmigo a las damas, me enseñaba a leer y a escribir en cursiva mientras veíamos la televisión. Hoy, aunque lo intento, ya no puedo escribir de esa forma, mi caligrafía se ha oxidado.

De todas las cosas con las que me gustaría soñar, ella es una de ellas... pero no de la manera en que lo hago ahora. Si en mis sueños apareciera riendo, golpeando la mesa al mismo ritmo con el que yo silbaba, si la viera corriendo detrás de mí mientras estábamos descalzos sobre el césped, entonces —y solo entonces— no tendría miedo de soñar.

¿Era yo? ¿Era la masa de mi tristeza silenciosa la que empezaba a deformar la realidad de nuestro hogar? Las estrellas más grandes mueren solas. Quizá siempre estuvo en mi destino vaciar mi propia

órbita antes de implosionar.

A veces pienso en las cosas pequeñas que no sabía valorar entonces: la forma en que ella enrollaba la servilleta después de cortar una manzana, la manera en que alineaba las tazas antes de poner el té, los surcos que dejaba el peine en su cabello cuando lo apartaba de la frente. Los objetos suspiran cuando los toco y me devuelven fragmentos de su voz, indiferentes a que yo prefiera olvidar.

Hay noches en las que me obligo a revisar los bolsillos de la ropa que ya no uso, buscando una hebra de su perfume o un botón cosido a medias. Encuentro migajas de vida. Son pruebas diminutas de que existió algo cotidiano, algo que no encajaba con la solemnidad de la ausencia. Me aferro a esos restos como quien recoge conchas tras una ola, no porque conserven la forma exacta del mar, sino porque me dicen que hubo movimiento, que hubo valor.

Cuando cierro los ojos para intentar calmar el sueño, aparece a veces una escena distinta: la casa vacía al atardecer, la luz recortando rectángulos en el suelo. Camino por los pasillos y cada cuadro me devuelve un silencio distinto; la casa no está rota, está en espera. Me imagino la radio pausada en una canción —esa que ella guardaba para sí— y pienso en lo incómodo de seguir viviendo en un lugar que aún huele a su presencia sin su cuerpo para sostenerla.

El duelo es un mapa con rutas que puedo aprender a seguir, o una fuerza errante que me obliga a dar vueltas sin avanzar.

Los cuerpos se acercan y se alejan hasta que la gravedad ya no alcanza. Imagino mi vida como un planeta que dejó caer su atmósfera, perdiendo lentamente color y música. Pero también pienso que los choques dejan cráteres y constelaciones. Quizá mi pérdida tenga formas que aún no sé leer, patrones que solo se revelan con tiempo y

con audacia para mirar hacia arriba sin desear desaparecer.

Culpable por los silencios que mantuve, momentos que le hubieran ayudado. Hay palabras que no dije por represión interna, por miedo, por la torpeza de mi edad . Se amontonan hasta crear una gramática propia de culpa. Me esfuerzo por escribir cartas que enviaré, por cantar canciones que jamás escuchará.

También hay instantes de ternura que me sorprenden como un brillo. Un viejo suéter que aún huele a su hogar, una receta que intento reproducir y sale torcida, la forma en que una respuesta suya llegaba hacia mi antes de que hiciera la pregunta. Esos fragmentos funcionan como pequeñas grietas por donde entra la luz, transforman en algo que puedo mirar sin romperme al instante.

Si tuviera que escribir una canción ahora, no sería para quien ya no está, sino para lo que algún día creí que podría darle. Una vida que ella abandono y no vivió para ella. Una vida que tal vez buscaba para mí, una vida que ojalá ahora este viviendo. La canción le prometería cosas más irreales que las que alguna vez le dije, le prometería una casa de oro con techo de cristal, un jardín de hortensias que florezca eternamente. Todo aquello que alguna vez soñó y que el tiempo le arrebató. Todo lo que habitó en su mente y que, poco a poco, terminó perdiéndose en el silencio.

“Te buscaba entre las paredes,
en los huecos que dejó tu voz,
y me pregunto si en otro cielo
al fin encontraste ese hogar.
Te daría una casa de oro
con techo de cristal,
un jardín de hortensias.

Prometería lo imposible,
las mentiras más hermosas,
Camino entre tus recuerdos,
cada sombra guarda tu olor.
Si me escuchas en el silencio,
déjame creer que aún estás,
aunque solo sea un eco
que me incita otra vez a sanar.
Brilla en algún rincón oculto,
brilla donde no pueda llegar.
Yo me quedaré con los destellos,
tú con la eternidad.
Y aunque no regreses nunca,
aunque no me escuches jamás,
Te daría una casa de oro
con techo de cristal,
un jardín de hortensias"

Alice:

La distancia a ti me mata. Te juro que no puedo estar tan lejos de ti, te juro que me pierdo.

Necesito sentir tu alma rozando mis pensamientos. Habito mi vida como habito la tuya. Soy un habitante de ti, y tú eres un habitante de mí. Habitas en mi ser; te doy todos los permisos, solo cuídame. No te alejes tanto.

Brillo, siempre Brillo

Color Degradado

Color degradado, aroma intenso e inconfundible; detalles raspados por la idea de una historia perdida que exige ayuda y reparación. El marco está rayado y agrietado por la falta de cuidado. Era una pintura expuesta sobre un anaquel de madera igual de viejo; el olor de la estancia, lleno de polvo y humedad, delataba una habitación descuidada y, al parecer, odiada por la persona encargada.

El dueño anterior siempre mencionó que esa pintura era la más hermosa que había realizado. No creo que haya hecho muchas en su vida. Si soy sincero, me sorprende que alguien tan cascarrabias lograra siquiera tomar un pincel y plasmar un recuerdo. No puedo reconocer la escena completa, parece como si hubieran quemado gran parte de la esquina superior derecha, dejando una gran mancha gris en su lugar. Nunca me interesó preguntarle qué era o por qué lo había pintado. Me parecía innecesario encontrarle significado a algo tan desgastado y poco estético. El arte me gusta, me parece una de las formas más difíciles de expresar tu amor hacia la vida, si es que lo tienes. Pero en el caso de esa pintura, yo no veía amor o aprecio. De ahí mi dureza al no preguntar. Me recordó un poco a esas pinturas que siempre venden para decorar una cabaña de madera, de esas que son reproducidas sin ninguna diferencia y hechas con el simple fin de llenar un espacio en la pared.

El arte que perdura con los años es aquel en el que cada pincelada, cada detalle corregido y cada combinación específica de tonos está

hecha con la intención de que le guste a quien le tiene que gustar. Mientras cumpla con la idea del pintor, cada obra tiene un alma y una historia. Una pintura representa una imagen que el cerebro gastó miles de proteínas en sintetizar para lograr plasmarla sobre un lienzo. Es la dedicación con la cual una persona muestra lo más hermoso de la creación, lo más importante de la explosión y la creatividad. Al igual que una idea, es la abstracción de lo sucedido y de cómo fue interpretado.

Las relaciones humanas no se distinguen mucho de las pinturas. Ambas son abstracciones muy grandes para una sola persona, pero muy insignificantes para el tiempo. Al igual que una pintura, una relación necesita de todo un proceso de producción, de imaginación, de planeación y de disfrute. Tienen un ciclo que, si se cuida y se mantiene, puede llegar a durar hasta que la muerte cumpla con su objetivo. Y aun después de eso, la pintura, así como las relaciones, se mantendrán atadas a una vida. Se mantendrán atadas a algo físico y no físico, a algo más importante que un marco de madera o una pared taladrada.

Recuerdo haber visto una pintura así en casa de una amiga de mi madre. Siempre colgada en la entrada, descolorida por el sol que entraba a la misma hora cada mañana. Le pregunté si quería restaurarla. Me dijo que no, que esa pintura era el recuerdo de un momento perfecto. Pero después de que su esposo se fue, la quitó sin decir nada. Nadie preguntó por ella. Dijo que la había mandado limpiar, pero yo sabía que se había deshecho de ella. A veces me pregunto si realmente la cuidaba por amor o por rutina. Como si, una vez que desapareció el autor de la pintura, ya no tuviera sentido la imagen que proyectaba.

¿Por qué razones perderías la intención de cuidar esa pintura que tantas horas consumió de tu vida, que tanta energía le costó a tu cuerpo y que tanta felicidad te trajo al verla? No creo que se pierda el aprecio de una mañana a otra, aunque, por experiencia propia, muchas veces simplemente amaneces con ganas de quemarla. Pero no lo haces. Hay algo que siempre te evita despojarla de sus cuidados y arrojarla por un puente. Hay algo que evita que pierdas todo el esfuerzo que te costó. Repito, no es de la noche a la mañana; hay más.

Al principio la ves y buscas esos pequeños detalles que tú mismo colocaste en ella. Te acercas, la miras y sonríes con cada punto de pintura añadido adrede. Recuerdas cada uno de ellos y te sorprendes al ver alguno que ya habías olvidado. Pero al verlo, recuerdas el momento exacto, la melodía que te hizo hacer eso y a qué olía el disolvente. Con el paso del tiempo, poco a poco dejas de pararte frente a ella. La ves de reojo o simplemente la miras desde varios pasos atrás. Ya no te fijas en los detalles que tenía, ahora ves el conjunto entero. Te sigue haciendo feliz la proyección de tu imaginación, sigue generándote paz y combina perfecto con la habitación.

Después, empiezas poco a poco a remodelar, cambias un poco los muebles de lugar y compras nuevos. Te sigue gustando, aunque puede que la cambies de sitio. Ahora ya ni siquiera la ves de reojo, ha cambiado mucho la habitación y ese tono roble del marco ya no contrasta con todo lo demás. Empieza a incomodar a la vista y se te empieza a olvidar limpiarle el polvo acumulado de vez en cuando. Pero te sigue gustando, le sigues contando a cualquier persona que se detiene en tu sofá cómo hiciste todo y los pocos detalles específicos que recuerdas. Ahora ya no está en el lugar inicial. Ahora está en una esquina donde ni siquiera tiene luz que ayude a distinguir esos tonos

rojizos que amabas y que siempre robaban la atención. Cuando vagamente la recuerdas, ya no ves esos detalles; ahora ves los errores y cómo se ha desgastado, cómo ciertas partes de pintura se empiezan a despegar, y decides quitarla.

¿Decidir quitarla? ¿Quitarla para siempre? ¿Repararla y volver a colocarla? ¿Valdrá la pena el precio que te costará hacerlo? ¿Valdrá el tiempo que tarde y cómo se quedará ese lugar vacío? ¿O es más fácil comprar una nueva del mercader? Son baratas en comparación y puedes elegir la que más te agrade sin tener que volver a manchar tu ropa.

Restaurar algo implica tocar el daño. Sentarse frente a las grietas y decidir que vale la pena ensuciarse las manos otra vez. No hay brochas nuevas que pinten igual que las viejas, ni tono exacto que iguale el original. Reparar una pintura que fue tuya es también enfrentarte a la versión antigua de ti que la pintó, y a veces lo que duele no es lo que la pintura muestra, sino lo que ya no puedes sentir igual.

Me dolió mucho hacer la comparación, pero es lo mismo con tus relaciones. Al principio esa persona te hace feliz y te llena de amor y atención. Te hace sentir que todo es recompensado. Te esfuerzas por conseguir experiencias y tomar recuerdos de todas ellas. Te conviertes en una especie de anaquel dedicado a mostrar todo aquello que realizaron. Es hermoso, tienes todo lo que necesitas y cada avance te parece lo más perfecto. Dejas de ser atento, pasas a ver sobre las letras y empiezas a olvidar que tu boca hace daño. Olvidas que tus manos son más fuertes de lo que piensas. Tu cabeza olvida agradecer cada vez y olvida la razón inicial de querer pintarlo, lo que te hizo querer terminar esa pintura.

Sé que existen muchas cosas con las cuales comparar eso, pero en

los miles de años que llevo existiendo, admiré cómo lo primero que se olvida es lo visual, lo primero de lo que tu cerebro decide despegarse para ahorrar esfuerzo. Al final del día, somos seres perezosos. El sonido crea conexiones en tu cerebro; una melodía o un ritmo se queda en loop dentro de ti por mucho tiempo, aun si no estás de acuerdo con ello. El gusto logra estimular tus glándulas, generar sentimientos específicos e ideas de familiaridad; más que nada, logra moverte a través del tiempo a momentos no especialmente únicos, sino significativos. El olfato te enseña a distinguir, puedes reconocer a una persona sin verla por el simple olor de su piel, puedes reconocer los alimentos. El tacto es la manera en la que te comunicas con el mundo material, en el sentido de que está todo el tiempo en acción. Eso hace que puedas perder la razón de tocar cosas, de sentir cosas; sin embargo, es el encargado de lograr que un abrazo signifique algo, que tomarle la mano a esa persona acelere tu pulso y que un beso sea la acción más común de amor.

Envidio a aquellas personas que te pueden describir con perfección las características físicas de un entorno, pero envidio más a quienes pueden describir el viento, el olor de los árboles y a quienes pueden identificar al pájaro con solo su canto. Como dije, la vista es el más débil de los sentidos. Así como las relaciones pueden pasar de ser todo a ser más que solo fotos, los recuerdos visuales no son más que imágenes estáticas que a tu cerebro le cuesta muchísimo trabajo formar. Ni siquiera sabes si necesariamente eso fue real o si cambiaste por completo alguna cosa. O peor, si llegaste a olvidar algo todavía más importante.

Mi memoria edita la imagen para que duela distinto, para que duela con culpa, no con rabia. El amor también se retoca. Y muchas

veces, lo que creemos que extrañamos no es a la persona, sino a la idea de lo que pintamos juntos. Al recordarlo, solo sobreviven los colores más brillantes, pero las sombras, las más reales, se diluyen primero.

Tengo miedo de recordar. Siento que podría ser como aquellos proyectores de fotos antiguos. Si se quedaban mucho tiempo en la misma imagen, se corría el riesgo de que esta se encendiera en llamas y terminara desapareciendo no solo eso, sino también todo lo demás del carrete. Tengo miedo de pensar tanto en algo que termine recreando fantasmas de esa imagen en mi cabeza, que pierda todos los atributos reales. Que ese momento tan próspero se convierta solo en la unión de retazos, en lo que mi mente cree que fue.

Porque una vez que olvidas los errores y solo te quedas con lo hermoso, corres el riesgo de querer volver a algo que ya no existe. Pintar sobre una base rota puede hacer que todo el lienzo se rompa, y sin embargo, muchas veces seguimos intentando hacerlo. Como si el arte del recuerdo pudiera salvar lo que el tiempo ya no quiso conservar.

Quizá lo más honesto que puedes hacer con una pintura rota no es esconderla, ni restaurarla, ni reemplazarla. Tal vez lo correcto sea mirarla una última vez, aceptar lo que fue y despedirse con la misma ternura con la que se colgó. Tal vez eso pensó la amiga de mi madre. Me gustaría preguntarle. No creo que siga viva.

¿En qué momento es correcto cambiarla? Solo pensar en cambiar algo que amaste me hace sentir reemplazable. Me hace pensar que tal vez yo tampoco sea tan único como me hicieron creer. Y eso me llena de culpa. Siento mucho. Eso ya quedó claro. Siento demasiado, y me apena hacerlo. Pero también sé que ese exceso de sentir me impide soltar. Me amarra.

Si no sintiera tanto, no dudaría en cambiar ese cuadro viejo que ahora me incomoda. Pero no sé cuándo hacerlo. El momento exacto... eso es lo que sigue rompiéndome.

No quiero reparar el cuadro. Quiero saber cuándo dejarlo ir.

Tal vez sea cuando ya no te detienes a mirarlo. Cuando al pasar frente a él, no se activa ningún recuerdo. Tal vez sea cuando su silencio se vuelve ruido, o cuando los colores, una vez vivos, se vuelven hostiles. Tal vez sea cuando te das cuenta de que ya no lo estás viendo por amor, sino por pena. Por nostalgia de una versión de ti que ya no existe.

Soltar no significa reemplazar. A veces dejar ir es el acto más profundo de respeto, un respeto que le debes a tu persona. Porque sostener una pintura que te causa arrepentimiento no es admirarla, es castigarla. Y también castigarte a ti. Castigar a ese tú al que le encantaba y darle una puñalada haciendo ver que no ha valido para nada todo lo que hizo.

Guarda en tu memoria los colores que aún recuerdes. No intentes recordar más de lo que queda sobre ella, no quemes el carrete, no provoques una distorsión y no compres una idéntica. Agradece por haberla tenido.

Para ti:

En el abismo del olvido se encuentra el miedo. A unos los arroja sin preguntar y a otros los hace sufrir hasta quebrar.

Noba.

Nido de Arañas

Hay quienes escribieron historias, quienes construyeron puentes y edificios. Quienes se dedicaron a cavar hoyos para otras personas, y quienes simplemente los usaron. Construir o crear es una de las actividades más talentosas que existen. Podrías levantar cuarenta rascacielos y ninguno estaría en la misma posición que el otro, lo que los convierte en algo único. Yo, por mi parte, me encargué de construir una red dentro de mi cabeza.

Tejí un sinfín de hilos que giraban, atrapando cada uno de mis pensamientos no dichos, los cuales quedaron encerrados en un cuarto. Un cuarto que, con el tiempo, tuve que engordar; si se podía, también intentaba limpiarlo un poco. Un nido, en teoría, debe ser un hogar. Un lugar donde las crías puedan crecer sin que su vida penda de un hilo. Pero ¿y si el nido sí pende de un hilo? Entonces, ¿quién se encarga de que no caiga, se pierda y mueran todos los que se suponía debía cuidar?

Conozco mi nido. He estado ahí muchas noches. Pero nunca he entendido por qué sigue creciendo. Es como si cada cosa que me descontrola y no expreso generara un nuevo hilo. Como si despertara a la araña tejedora encargada de expandir su vivienda sin permiso, sin pagar alquiler.

Lo más curioso es que puedes habitar ese nido incluso cuando estás rodeado de voces, risas, compañía. No necesitas estar solo para sentirte así. Basta con que no puedas decir lo que te araña por dentro.

Y no es que no quieras, es que no sabes cómo. Las palabras no salen o, si lo hacen, suenan huecas, torpes, insuficientes. Como si necesitaras un traductor para unir más de dos oraciones sin que tu mente entre en blanco, dejándote sin saber qué más decir, dando a entender al mundo que tus problemas son minúsculos.

De pronto amaneces con telarañas sobre la cara, dejando en duda si lograste dormir o si tu inconsciente profanó lugares prohibidos. Arrancas las más visibles, pero siempre olvidas las de la nuca. Te sientas y esperas a que algo más llegue. No por ineptitud, sino por incapacidad. Corres y ríes cuando es necesario, pero tu miedo sigue ahí, expuesto. ¿Realmente expuesto? ¿Qué significa que mis miedos sean públicos?

Tal vez un miedo deja de ser peligroso cuando se vuelve público. Tal vez los miedos tienen poder porque logran evitar que cortes su telaraña. El hilo no es fuerte, pero llegar hasta él es un trabajo extremadamente desgastante.

Todos tenemos telarañas. Algunos, como lamentablemente averigüé, tenemos más descuido en el cuarto que otros. Pero es imposible tenerlo siempre limpio. He intentado en muchas ocasiones limpiarlo, pero el simple hecho de verlo vacío me causa arrepentimiento. ¿Arrepentimiento? ¿Tengo miedo a soltar mis miedos? Qué ironía. Me acostumbré tanto a que haya algo que me punce la espalda todos los días que siento que, si lo pierdo, estaría justamente perdiendo algo.

Odio perder, odio olvidar, odio perdonar. Odio perder porque siento que entonces mis esfuerzos no tienen sentido. Conseguí algo, lo tengo conmigo por alguna razón y quiero que se quede, incluso si me hace daño. Dolor que acepto, porque parte de vivir es sufrir, ¿no? ¿O

en qué momento empecé a ser tan pesimista conmigo mismo?

Recuerdo —sí, toda mi vida, lamentablemente, se trata de recordar— cómo siempre buscaba una vida más amarilla, con más personas, más amigos. Y los obtuve. Pero me conocía, sabía que mientras más tiempo pasara con ellos, más de mí perdería. ¿Perderme a mí? Otra vez esa palabra, perder. ¿Qué significa perderme a mí?

Tengo una respuesta, porque después de tanto, ya lo he vivido muchas veces, aunque aún no sé cómo evitarlo.

Perderse a uno mismo nace del miedo al abandono. Proviene del miedo a soñar no solo de noche, del miedo a no cumplir tus metas, del miedo a pensar más allá del día siguiente, del miedo a aceptar que, por ser simples humanos hechos de materia reciclada, terminaremos como llegamos. Esos pensamientos te orillan a dejar de hacer cosas que te encantan, cosas que heredaste de quienes más amaste, cosas que estimulan tus necesidades, cosas que te mantienen conectado con el mundo. Desconectado... qué término tan raro. Porque si no existe algo físico, algo tangible que te ate a alguien, entonces romper ese hilo —que en este caso es una unión— es muy sencillo e imperceptible. Perder una conexión es perderte a ti mismo. Desconectaste una parte de tu alma, aceptaste cerrar un vínculo y ese cerrojo lo agregaste al cuarto sucio.

He aprendido a vivir en ese nido, y como cualquier casa, uno se acostumbra a su caos. Incluso lo llegas a defender. "Así soy", dices. "Así ha sido siempre". Pero no es cierto. No siempre fue así. Hubo un tiempo en que podía dormir sin construir más hilos al día siguiente. Hubo días en los que hablaba sin sentir culpa. No recuerdo bien cuándo fue la última vez, pero sé que existió. Y eso me enoja más, porque si existió, ¿por qué no puede volver? El nido se vuelve tu

refugio, pero también tu prisión. Una prisión sin barrotes, pero con miles de hilos invisibles que te impiden mover un solo músculo del alma.

Y cuando finalmente intentas hablar, cuando logras juntar el valor para abrir la puerta, descubres que el lenguaje ya no te pertenece. Las palabras se sienten ajenas. Hablar es como usar un instrumento que no sabes tocar. Tartamudeas. Te repites. Dices lo mismo de siempre con miedo a sonar patético. Y lo peor, nadie parece notar el esfuerzo que te costó decirlo.

¿Pero de dónde nace todo esto? Ese miedo a perder. Nunca fui alguien que perdiera, si soy sincero. Era de los mejores de mi generación, el más rápido en las carreras y al que todos buscaban porque sabían que podía resolver cualquier problema. Tal vez, el hecho de que nunca tuve que buscar a alguien, ya que todos venían a mí, hizo que, cuando necesité ayuda para pensar más allá del semáforo y hablar más de lo que escribía, no supe a quién llamar, no entendí a quién debía buscar, a quién le importaba.

Tengo muchos amigos, personas muy valiosas para la sociedad, personas que nacieron para ayudar. Pero nunca me ayudaron. No entiendo por qué. ¿Fue porque nunca mostré señales de angustia? ¿O porque puse tablas en la ventana del cuarto, evitando que quienes me amaban vieran más allá de lo que ocasionalmente me animaba a mostrar? Una pequeña figura de un duende verde, un recuerdo de algo que pasó y nunca entendí. Gracioso cómo alguien encargado de entender y explicar sucesos físicos nunca ha podido entender lo que pasaba en el lugar más cercano.

Una figura que me recuerda cómo, de una exhalación a otra, todo puede caer. De un paso a otro, la araña puede causar un incendio que

consuma toda la casa.

Lo que más me dio miedo aquel día no fue que mi araña me matara. Fue que nunca vi la suya.

Nunca la escuché temblar, nunca la vi sacudirse el pecho para que no se le notara el nudo en la garganta. Nunca supe que estaba tejiendo su propia red, una que no buscaba atrapar a nadie más que a sí misma. Y lo peor... es que estaba justo ahí, frente a mí, tan cerca, tan presente, tan aparentemente en calma, que jamás imaginé que una araña podía envolver a alguien tan rápido y con tanta violencia. ¿Cómo fue que una telaraña tan silenciosa logró quitarme lo que más me dolía perder?

La respuesta es tan sencilla que fue estúpido, no la vi.

Nunca vi ese cuarto. Ese espacio que ella también fue llenando de miedos, de frases calladas, de miradas que no decían nada, pero lo gritaban todo. Un cuarto que, como el mío, estaba clausurado desde adentro. Sellado con tablas, con rezos en silencio, con canciones mal cantadas para distraerse, con "estoy bien" demasiado creíbles para dudar.

Y cuando lo noté, ya era tarde.

El fuego lo consumió todo en un parpadeo. Un nido que se encendió tan rápido que ni siquiera me dio tiempo de mirar atrás. Las llamas me quemaron antes de poder acercarme. Antes de poder gritarle que aún estaba ahí. Que todavía podía salvarse. Que la vida —aunque fuera una mierda— podía cambiar.

Pero no. La puerta jamás se abrió. El humo no me dejó ver si me escuchaba. Y cuando el fuego se apagó, lo único que quedó fue el silencio.

Un silencio que me sigue. Que me acosa. Que me estrangula en medio de la noche. Porque ese cuarto... nunca lo conocí. Nunca

entendí qué escondía. Y eso me persigue. Me llena de preguntas sin respuesta. ¿Qué pensaba en sus últimos días? ¿Realmente me veía o solo me escuchaba como un eco lejano? ¿Le fallé? ¿Pudo haberse salvado si yo hubiera tocado a tiempo? ¿Tenía la capacidad para ayudarle?

A veces me odio. A veces la odio.

A veces odio a todos. A Dios, al mundo, al cielo, al aire que sigue existiendo cuando ella ya no está. Me enfurece que el sol salga, que la gente camine normal, que nadie se detenga a llorar en la calle como yo. Me enferma esta absurda normalidad que sigue girando, mientras yo sigo parado frente a un cuarto carbonizado donde jamás pude entrar.

Más rápido de lo que esperaba.

Más devastador de lo que merecía alguien tan buena. Porque era buena. Aunque su telaraña fuera mortal, no estaba hecha de odio. Estaba tejida con miedo, con carencias. Y aprendí, con la cara llena de ceniza, que el peor enemigo de una persona no es otro ser humano... es su hambre emocional. Porque una carencia crea dudas, la duda provoca inseguridad, la inseguridad genera miedo, y el miedo se convierte en dolor.

Una carencia no atendida se convierte en una bomba. Y ella vivía llena de carencias. No porque no se le amara, sino porque jamás creyó merecer ese amor. Porque nadie le enseñó que podía llorar sin ser débil. Que podía hablar sin que se le juzgara. Que podía voltear al cielo sin sentir que no era digna de mirar al sol.

Tal vez alguien alguna vez lo intentó. Tal vez le dijeron “no estás sola” o “todo pasa”, pero nunca fue al volumen suficiente para romper su silencio. Ese maldito silencio...

Esa palabra que más me cuesta tragar. Silencio.

Porque el silencio no es paz.

El silencio puede ser un campo minado donde cada paso es una explosión de pensamientos que nadie escucha. Es una caverna donde los ecos te responden con tus propios errores. Es el ruido más cruel, porque no tiene sonido, pero duele igual. Te perfora. Te deshace. Y cuando por fin gritas, ya no sabes si hay alguien del otro lado. O peor aún, si te mereces que alguien escuche. El silencio hace que te escuches a ti mismo.

Ella no gritó. Nunca gritó.

¿Y si yo hubiera sido su grito? ¿Y si me convertí en otro silencio más en su lista? ¿Si ella necesitaba que yo rompiera mis telarañas para poder ver las suyas?

Duele. Duele con una rabia inmensa. Porque sé que ella no me quería dañar. Pero lo hizo. Me destruyó. Me dejó con las manos vacías. Y aun así, no puedo odiarla del todo. Porque la amo. La amo incluso cuando me arrastró con ella al abismo.

Y me odio por seguir amándola.

Duele admitirlo.

La araña no era algo ajeno.

La araña era ella.

Ella era su propia araña.

Y no sé si eso me da más pena... o más rabia.

Porque si fue suya, entonces si la vi.

Entonces sabía que estaba ahí.

Entonces decidió no mostrarla.

Entonces decidió irse.

Entonces... me dejó.

Y la idea de que alguien que amas pueda irse mientras tú creías que se quedaría para siempre... eso no se cura. No se supera. Solo se aprende a vivir con esa herida abierta, con ese cuarto oscuro en tu cabeza donde las paredes huelen a humo.

Tener un crucifijo en la pared no fue suficiente para protegerla. Tener fe no salvó su vida. Tener amor no apagó el fuego.

Entonces, ¿de qué sirve? ¿De qué sirve creer en algo si igual terminas así?

¿Dios nos ve cuando decidimos apagar la luz? ¿Y qué hace? ¿Llora? ¿Calla? ¿Nos vuelve a hacer desde cero esperando que esta vez no fallemos?

Yo intenté ayudarla. Lo juro. Aunque fuera tarde. Aunque ya no pudiera alcanzarla. Aunque mis palabras sonaran rotas. Aunque solo pudiera llorar con ella en mi mente, una y otra vez. Aunque el humo me matara los pulmones.

La amo.

La amo, aunque me haya hecho trizas.

La amo, aunque ya no esté.

La amo, aunque me haya dejado sin respuestas.

Pero, no sé si ella sabía cuánto la ame.

A veces pienso que la araña no solo teje para esconder, sino también para proteger. Tal vez su intención nunca fue herirnos, sino envolvernos en algo que nos impidiera ver con claridad lo que dolía demasiado mirar de frente. Tal vez por eso no vi su telaraña, porque ella misma se encargó de ocultarla con cuidado, con la misma
delicadeza con la que me decía que todo estaba bien. Me cuidaba tanto, que terminó encerrándose sola. Me protegía tanto, que se olvidó de que también necesitaba amor.

Y ahora el nido está más oscuro. Ya no crece hacia dentro, sino hacia atrás, hacia los recuerdos que me arden. Me cuesta caminar por la casa sin imaginarla en cada rincón. Me cuesta mirarme al espejo sin preguntarme si hice lo suficiente, si pude haber dicho algo, tocado algo, gritado algo. Pero las palabras no salieron, las manos no temblaron a tiempo. Solo quedó la telaraña intacta, perfecta, como si nada se hubiera roto. Y, sin embargo, todo está roto. Sé que ella me amaba más a mí que a ella misma.

Querida:

No sé cómo empezar. Nunca fui bueno para explicar lo que siento, pero últimamente ni siquiera puedo intentarlo.

Me gustaría contarte todo lo que pasa por mi cabeza, pero no hay suficientes palabras. Solo quiero que sepas que, aunque ya no pueda ver mi reflejo en tus ojos, estoy aquí... como siempre. Aunque parezca que me escondo.

Se que no debo tener las palabras correctas. Que siempre es mejor preguntar, debí preguntar.

— Con dolor y soledad, Brillo.

Marca de Arrastre

La señal había llegado, y las personas no la escucharon. La señal llegó, y Alice fue quien la recibió.

Sentado en aquella butaca de madera, fuera de la parroquia estaba un desolado Brillo, una pequeña persona sentada frente a los miles escalones de la entrada. La historia que se le había contado le estaba dando vueltas y retorcijones en el estómago. Un dolor distinto, un dolor de culpa.

Brillo miraba a lo lejos, a la gente que entraba en oleadas. Ella era muy querida. Veía cómo salían varios más y doblaban la esquina sin rechistar.

Su padre también estaba dentro y seguía rezando y pidiendo por ella, pero se le olvidaba que también debía pedir por alguien más. Brillo, no tenía idea de cómo se pedían cosas a Dios y en ese momento no quería saberlo.

Noba había subestimado el impacto de su señal. conocía el significado, pero no entendió la magnitud de lo que estaba ocasionando. Era, de manera indirecta, de la lejanía del alma de Alice. Había abierto una herida sarnosa en Brillo y en sí mismo.

Al terminar la ceremonia, cuando todos los asistentes salieron, él no se atrevía a mostrarse. Se ocultó de su padre, de sus amigos, de los amigos de Alice y del padre de ella. Cuando la iglesia quedó vacía y se presentó la noche, por fin se animó a entrar. Se sentó al frente, en medio del silencio de la sala vacía.

El frio se filtraba desde la puerta hasta sus pies y algunos sonidos provenientes de la acera. Temblaba, no sabía si por el llanto o por el frio, un frio infernal, un frio infinito. Las manos se le entumían y trató de calentarlas con su aliento, pero solo sentía como se le helaba más y más la garganta.

Intento calentarse con las velas del altar. Subió hasta el estrado y extendió las manos sobre un cirio, El calor fue tan reconfortante que cerró los ojos, olvidando toda prudencia. Acerco demasiado las manos y termino ocasionando una quemadura en su mano derecha, su reacción fue de enojo, de arrebato y furia. Arrojo el cirio al suelo mientras maldecía a su propia mano, a su propio descuido. Tal el enojo que parecía que el ardor era lo de menos.

El cirio rodó por el suelo, encendido, y su fuego comenzó a propagarse por el atrio. El viento proveniente de la entrada solo lo empujaba más y más.

Brillo no se percató de inmediato. Veía una y otra vez su mano, como si en la próxima sacudida pudiera borrar la quemadura.

Al volverse a sentar notó que el frío había desaparecido, se calmó un segundo, hasta que alzo la mirada y vio el calvario que había comenzado. El fuego ya había consumido gran parte del atrio y alcanzaba las imágenes de los costados. El humo se estaba volviendo cada vez más tenso y el frio viento no ayudaba en nada.

Se quedo inmóvil ante tal escena y de nuevo olvido su propio dolor, en este caso el dolor de sus pulmones. Un dolor que recién había experimentado en aquella habitación de Alice, pero ahora era real. No era dentro de sí, no era en su cabeza, esto era real. Estaba aspirando más humo y sus pulmones solo pedían clemencia, una clemencia que él no estaba apto para darles. Cayó al suelo, desvanecido dentro de otra

nube espesa, atrapado entre el fuego y el remordimiento.

Brillo ya había soñado cosas extrañas. La que más miedo le daba era aquel sueño recurrente en el que un desconocido le disparaba en el cuello, y lo único que pensaba antes de morir era: ¿por qué a mí?

No sentía miedo ni ansiedad. Solo tristeza.

Tristeza por morir.

Mientras caía entre el fuego, su cerebro no murió, pero sentía que lo hacía. Le vino el mismo último pensamiento que siempre tenía en aquel sueño, y lo único que sintió fue tristeza. Tristeza por no poder controlar ni siquiera su propia muerte.

Despertó dentro de lo que parecía ser una habitación dentro de la misma iglesia, aunque las llamas no la habían alcanzado. No era la iglesia real. El lugar era más oscuro, las paredes estaban desgastadas y las imágenes religiosas habían sido reemplazadas por pinturas extrañas.

Había un círculo de pliegues y surcos que se abrían como una flor submarina; figuras geométricas con ecos de color; la silueta de una figura oscura que parecía arropar a una niña, aunque solo fueran líneas blancas. También había la forma de una estrella de cuatro picos atravesada por dos círculos, con la pintura diluida y desgastada.

No había velas ni ninguna fuente visible de luz y aun así el lugar estaba iluminado. Oscuro, pero no lo suficiente como para tropezar con los muebles repartidos al azar por el espacio.

El cuarto estaba desordenado: pilas de libros y revistas, papeles recortados sobre el piso y al menos cinco escritorios cubiertos de hojas revueltas con ecuaciones y dibujos similares a los de las paredes.

En uno de ellos había un reloj oxidado. Sus manecillas estaban detenidas. Marcaba las 06:18 a.m.

Brillo explora la habitación. Se acerca a uno de los escritorios. Ve que las ecuaciones no son aleatorias; están tratando de "resolver" algo. Junto a ellas, hay otro dibujo de la figura oscura arropando a una niña.

Entonces, oye un sonido. En el escritorio más alto, sentado de espaldas, está Noba. No como una estrella brillante, sino como una figura de luz tenue, casi agotada. Estaba dibujando.

—¿Hola? ¿tú quién eres? —preguntó Brillo, pero antes de terminar la última palabra, sus ojos se cruzaron con los del desconocido y vio su propio rostro frente a él.

—¿Qué...? ¿Cómo es posible? Nos vemos igual... ¿quién eres?

—Lo siento, Brillo... en serio lo siento. No puedo resolverlo, no sé qué más hacer. Los cálculos no funcionan. Mis resultados no sirven —respondió el otro, con voz temblorosa.

Brillo miró la hoja sobre el escritorio. Había cientos de papeles con fórmulas tachadas, ecuaciones inconclusas y garabatos dispersos. Un desorden caótico, como si alguien hubiera intentado resolver algo imposible.

Entonces lo vio, el mismo símbolo de la estrella repetido en casi todas las hojas.

—¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Quién eres realmente?

Noba levantó la mirada, con una expresión resignada y los ojos humedecidos.

—Soy tú —dijo —. Soy tu alma y tus ideas. Soy quien te cuida, quien te guía. Soy eso que tanto pediste cuando eras pequeño. Tengo todo de ti: tus enseñanzas, tus miedos, todo lo que has creado.

Abrió un cajón y sacó un viejo álbum. Al abrirlo, Brillo vio los dibujos que había hecho durante toda su vida.

—¿Eres mi estrella? —preguntó con un hilo de voz—. Creí que eras

solo mi imaginación...

—Lo era —respondió Noba—. Y lo sigo siendo. Soy tu corazón y tu cabeza. He sido quien te trajo hasta aquí, porque era la única forma de protegerte. Pero ya no puedo hacer nada más.

—¿Protegerme? ¿De qué? ¿Qué es este lugar?

—Este es el taller. Aquí trato de mantenerte unido. Es donde me trago todo y lo transformo en arte.

—¿Mi arte...? Entonces, ¿tú eres quien crea lo que yo hago?

—No exactamente. Yo soy quien te da las ideas repentinas, esos pequeños clicks que sientes. Soy yo advirtiéndote, empujándote a abrir los ojos.

—¿Entonces todas mis ideas vienen de ti? Si eres idéntico a mí... ¿cómo puedes sembrarlas en mi cabeza?

Brillo no había notado hasta entonces el cabello y el vello facial blanquecino de Noba . No era gris, sino completamente blanco, casi luminoso. Y aunque eran idénticos, algo en él estaba marchito, su piel parecía pegarse cada vez más a los huesos, como si lo hubieran drenado.

—Porque soy tu estrella, Brillo —dijo Noba, con voz apagada—. ¿Recuerdas esa idea? La que me dio vida. La idea de que ambos nos cuidaríamos, que nos protegeríamos. La olvidaste... y olvidaste también todo lo que yo sé. Siento que te lo arrebaté. Lo siento.

Brillo miró hacia el dibujo de la estrella fragmentada sobre el escritorio.

—Esa figura... ese eres tú. Estás muriendo.

—Estamos muriendo —respondió Noba.

—El fuego... la señal... ¿tú lo hiciste? ¿Fuiste tú quien me enviaba esos sueños? ¿El que me empujó a alejarme de Alice?

Noba bajó la cabeza.

—Yo fui quien mató a Alice. La última señal que envié era para ti, pero ella... ella y su amor por ti la absorbieron. La sintió como propia. Nunca creí que sobrepasaría sus pensamientos.

—¿Qué le enviaste? ¿Fue lo que la llevó a...? No entiendo cómo algo que tú, quien se suponía debía protegerme, pudo hacerle daño.

—Era el aviso de tu supernova —susurró—. Un colapso que comenzó hace mucho, pero que había intentado mantener alejado de ti. La supernova es tu final, Brillo. Es tu muerte... y la mía.

—¿Entonces ella recibió mi supernova?

—No —dijo Noba, apenas audible—. Ella tuvo su propia agonía, su propio deceso. Si hubiera sido más directo, si te hubiera advertido antes esto no estaría pasando.

—¿"Más directo"? ¿"Advertirte"? —Noba alza la voz con la furia del incendio real en su garganta—. ¡Me estás diciendo que la mataste y que fue un error de cálculo! ¡Que se suponía que debías hacerlo!

—¡Ese fue mi pecado! —grita, la voz rota—. ¡Que te protegí demasiado!

—¿Qué crees que es este lugar? —señala el taller caótico— ¿Qué crees que he estado haciendo todos estos años? ¡Tratando de mantenerte unido! Cada vez que sentías miedo, yo lo tomaba y lo convertía en una ecuación. Cada vez que tu madre... —su voz se apaga, dolida— ...cada vez que sentías un dolor que podía romperte, yo lo absorbía y lo escondía en estas pinturas.

Noba toma una pintura: la figura oscura arropando a una niña

—Te quité el frío para que no te congelaras. Pero al hacerlo, te volví incapaz de sentir el frío de los demás. No te dejé vivir lo que sentías.

Brillo lo observa, entendiendo el horror —No pude ver su dolor... Estaba tan confundido...

—Te dejé vacío. Y cuando mi señal llegó —dice Noba con un temblor en la voz—, una advertencia de tu colapso, ella estaba tan vacía y unida a ti que la llenó por completo. La ahogó.

Pausa larga. El fuego crepita.

—No fue tu culpa, Brillo. No fue el destino ni un error. Fui yo, intentando salvarte. Pero ahora... deja que me lleve el peso. No cargues con lo que ya me pertenece. Déjame llevármelo.

Brillo extiende la mano. Noba coloca su palma sobre la suya; la quemadura de Brillo se sana, pero deja una cicatriz. El rostro de Noba se marchita aún más. Tambalea.

Noba camina hacia el escritorio donde descansa el reloj oxidado.

—Mi trabajo era mantener el tiempo congelado. Detener tu trauma aquí, en este instante, para que nunca tuvieras que procesarlo. Pero solo provoqué que todo esto sucediera más rápido.

—Las 06:18 am... la hora en que mamá... —se detiene. Su voz se quiebra.

—Desde ese día comenzó la supernova, Brillo. He pasado mi vida —la tuya— tratando de que el reloj nunca avanzara.

Baja la mirada, cansado.

—Mi sacrificio no es morir por ti. Mi sacrificio es dejar de existir para que puedas volver a comenzar.

Noba mira a Brillo. Su forma blanca, marchita, parpadea. Da un último paso hacia el reloj.

—Tienes que recordarlo todo —susurra—. No mi versión artística. No mis ecuaciones. La verdad.

Las paredes comienzan a resquebrajarse. Las llamas irrumpen por

los muros, el aire vibra. Brillo intenta alcanzarlo, pero una explosión lo arroja lejos de la habitación. Mientras vuela, alcanza a ver cómo Noba absorbe todo el fuego, toda la materia, hasta disolverse en una luz blanca.

Un estallido. Silencio.

Y entonces... nada. Solo el vacío, y la mente de Brillo, completamente en blanco.

Sonido de claveles.

Resplandor de raíces.

Perfume de sol.

¿Qué sentido tenía todo? Todo se mezclaba, como si los sentidos se hubieran descongelado y estuvieran aprendiendo a existir otra vez.

Una sensación de tranquilidad.

Un olor reconocible pero antiguo.

Una presión en el pecho —esa alergia inexistente que siempre anunciaba nostalgia— y un destello en la mirada.

Crack.

Un ruido a unos metros de su cuerpo.

—En el camino a casa me recuerdas pasar por canela para el café —dijo una voz.

No la recordaba del todo... pero esas palabras, esas mismas frases que había escuchado tantas tardes, no podía confundirlas.

—¿Qué te sucede, hijo? —preguntó su madre.

—No... nada —respondió él.

Nada claro. Nada real.

—¿Cómo te fue hoy en la escuela? ¿Sí realizaste esa exposición de los dinosaurios? ¿Le enseñaste a tu maestra el libro?

Brillo no dijo una sola palabra. Por tristeza. O por miedo. O quizá

porque había olvidado cómo se hablaba. Nadie podía saberlo.

Ese momento en que su existencia se veía afectada, en que su amor estaba marchito, en que el árbol ardía... Brillo solo pensó en quién podía recibirlo sin romperse. Su madre era la única persona a la que podía aferrarse sin miedo a las mordidas.

La figura de su madre se arrodilló frente a él, pero sus ojos no eran suaves como los recordaba. Eran profundos, cansados, llenos de algo que él nunca había querido reconocer.

—El mundo te quemó muy pronto —susurró—. Te crecieron brasas en el pecho antes de que aprendieras a respirar. Y aun así seguiste... aunque nadie veía cuánto dolía cargar con tanto.

Brillo quiso hablar, pero no pudo.

—Tú no naciste vacío, mi amor —su voz tembló, pero no se quebró—. Te vaciaste para sobrevivir a cosas que ningún niño debería soportar. Te hiciste pequeño para no molestar a nadie. Te tragaste mis silencios, mis ausencias, mis fallas... todo lo que no era tuyo.

Sus dedos tocaron su mejilla como si acariciara un recuerdo, no a una persona.

—Pero ya no eres un niño. No puedes seguir escondido aquí... conmigo. Estás buscando un lugar donde dejar de tener miedo. Y ese lugar nunca fui yo. Yo fui tu origen, no tu destino.

El mundo tembló, el olor a canela se achicó.

—Levántate, Brillo. No por mí. No por lo que fui.

Levántate por lo que viene después.

Por quien vas a ser cuando dejes de tener miedo.

Vuelve aunque te tiemblen las manos.

Vuelve aunque te duela el alma.

Vuelve porque allá afuera hay alguien que está esperando que abras

los ojos para poder seguir existiendo.

Su voz empezó a desvanecerse mientras la habitación se deshacía como humo.

—Noba te está esperando.

Y tú... tienes que volver a él.

Necesitas volverte real otra vez

¿Qué se escribe cuando ya no queda nada por pensar? Quizá entonces es momento de reescribir lo que significa vivir.

Siempre habrá un sentimiento dispuesto a imponer su forma, a recordarte que todavía hay algo en ti que quiere nacer.

-Noba.